

Motivos Personales

Javier Maura



Motivos Personales

Javier Maura

© 2016 Diseño de la portada: Sergio Verde (WWW.SERGIOVERDE.COM)

Título de la obra: *Motivos Personales*.

© Javier Maura

ISBN: 984-933379-9-4

MISIÓN DE AUDACES

—Buenos días señores...

—... y señora, mi comandante —murmuró Raquel, la única mujer del grupo, dispuesta a no perdonar ni una. Durante el periodo de entrenamiento, su condición femenina no le había eximido de trepar muros, ni nadie la indemnizó por las dos uñas que se le chafaron mientras desconectaba a ciegas el detonador de una carga explosiva. Un repentino silencio permitió escuchar su comentario, provocando risas sardónicas y el sonrojo de su autora.

—Buenos días señora y caballeros —se corrigió con retintín el comandante. Los cuatro hombres que flanqueaban a la solitaria mujer se chotearon, cada uno a su estilo, de su apurada compañera—. Perdone por la omisión, pero no se exceda, teniente.

El comandante apagó la luz de la parte delantera de la sala, encendió el proyector de diapositivas, colocó un carrusel y mostró sobre la pantalla el primer fotograma. Un par de figuras masculinas ocupaban el centro de la imagen; tras ellos, aparecía entreabierta lo que parecía ser la puerta de entrada de una casa. A ambos lados de ellos, dos columnas soportaban la cornisa del porche, en la que se apreciaba un plafón iluminado. En la parte inferior de la diapositiva, había impresas unas cifras en color blanco: 22—12—72 16:46. Uno de los retratados, de edad madura, vestía una gabardina azul y miraba hacia el otro: su cabello, ex-

tendido de las sienes al codo formando una banda negra, parecía una bahía, con un islote de pelo en medio. De nariz ganchuda y ojos saltones, su perfil asemejaba al de un ave rapaz, buitre o águila a elección del espectador. La mandíbula, firmemente asentada sobre el grueso cuello, recordaba un tapón de botella de champán.

—León Matute —informó el comandante—. Comisario de la Brigada Social.

Se escuchó un murmullo de sorpresa entre los congregados: ninguno de ellos, salvo el comandante, habían visto previamente a Matute, pero todos conocían su fama de policía brutal contra los opositores al Régimen de Franco. Pasaba por idear cualquier método, incluyendo la tortura más sofisticada o sutiles amenazas, para obtener confesiones de los detenidos.

A su derecha, aplastado contra la puerta por efecto del teleobjetivo, otro hombre, de mayor edad que Matute, parecía doblar la ancha solapa de un abrigo de tono claro mirando en dirección a la cámara. Se apreciaban rasgos suaves en su rostro ovalado, no demasiado perceptibles a causa de unas gruesas gafas de concha, lo que contrastaba con la redondez de la cara del policía, una superior estatura comparada con su temible interlocutor y un aspecto distinguido y agradable que tranquilizó a los observadores después del sobresalto inicial.

—Félix Diéguez, el dueño de la casa —continuó el comandante—. Editor de EL DIARIO: un personaje influyente, no muy famoso fuera de su círculo. ¿Han oído hablar de él?

Leyó unas notas sobre Diéguez para ilustrar su importancia: cargos en empresas y asociaciones que poco impresio-

naron a sus colaboradores, todavía afectados por su compañero de pantalla. Accionó el mando del proyector, provocando el clásico cloqueo de persiana desajustada, y mostró una nueva diapositiva: los mismos protagonistas, con la leve diferencia del editor tocado con un sombrero verde de cazador, Matute de frente y una tercera persona, todavía irreconocible, entrando desde atrás hacia la zona nítida de la foto. El comandante pasó un fotograma hasta tenerlo a foco. A este personaje no tuvo que presentarlo, alguien le reconoció en el acto:

—¡El contraalmirante Castillo! —exclamó con la satisfacción de quien encuentra una palabra difícil en un crucigrama—. Pero, ¿no puede ser! —se asustó ante su descubrimiento—, si Castillo forma parte de la Casa de Su Excelencia, está destinado en El Pardo.

Ante la alarma que empezaba a cundir entre los asistentes debido a la trascendencia de los espíados, el comandante pasó rápidamente las imágenes hasta detenerse en una, que mostraba la casa de la que habían salido Matute, Diéguez, Castillo y otras dos personas. Un muro de mampostería, rematado por una malla metálica semitapada por plantas trepadoras, protegía la finca: el fotógrafo tuvo que situarse por encima de la puerta exterior, de hierro fundido, porque desde ella se veía un camino de grija, con varios automóviles grandes aparcados en batería a ambos lados, cerca de la escalinata flanqueada por las columnas que enmarcaban a Diéguez y Matute en la primera diapositiva. En una esquina, varios hombres aparentaban conversar entre ellos: sin duda chóferes o guardaespaldas. Construida en piedra, la casa disponía de dos alturas y una buhardilla; las

ventanas de las plantas superiores permanecían cerradas con sólidas contraventanas, lo que perfilaba una vivienda deshabitada o quizá solamente para veranear

—Torrelodones —anunció el comandante, tras permitir a los reunidos familiarizarse con la mansión que parecía ofrecerles en inasequible compraventa—. El chalet pertenece a Félix Diéguez, el señor del sombrero, y hemos detectado dos reuniones de lo que parece ser una conspiración...

—¿Contra quién? —intervino el oficial que había identificado a Castillo.

—Le confieso, capitán —aceptó el comandante— que también me asombré cuando me enseñaron este material, pero tengan un poco de paciencia. Ahora voy a presentarles al resto de los presuntos conspiradores; les ruego silencio.

Volvió a pasar varias transparencias para mostrar a un empresario que coleccionaba presidencias y consejos en negocios de varios sectores industriales, y un avejentado ex —ministro alineado con los sectores más ultras del Régimen, lo que en la calle se denominaba *el búnker*. Un quinteto que se despedía cortésmente en vísperas de Navidad, antes de subir a sus confortables vehículos, ajenos sin duda a la intromisión que representaba el *paparazzo* del Servicio de Inteligencia del Ejército, oculto entre las ramas de un árbol del collado que dominaba la carretera de acceso a la propiedad. A ninguno de los presentes le cupo la menor duda de que, si cualquiera de los reunidos o algún acompañante hubiera detectado al cámara, lo hubiesen abatido a tiros sin que nadie pudiera mover un dedo en su favor.

—El Centro supone —continuó el comandante rompiendo un silencio cartujano— que estos cinco caballeros dirigen una maniobra contra el Príncipe. En EL DIARIO se ha publicado un artículo, firmado por un columnista bajo seudónimo, que opone reparos al nombramiento de Juan Carlos como Jefe del Estado cuando el Generalísimo fallezca. Al parecer, no confían en su fidelidad a los principios del Movimiento y pretenden plantear una alternativa.

A Raquel se le iluminaron los ojos en el acto. Lectora asidua de la prensa del corazón, como evasión y para no perderse en los cotilleos, el reciente matrimonio de la nieta de Franco con Alfonso de Borbón, le sugirió inmediatamente un deseo, natural en una familia con tanta querencia al poder, de convertir a la niña en Reina. Ella no era experta en cuestiones dinásticas, pero ese enamoramiento, desde el primer instante, le pareció interesado por las dos partes; en todo caso, pensó Raquel entonces, si el Jefe del Estado quería entronizar al yerno de su yerno, no tenía más que cambiar de un plumazo las leyes sucesorias, pues sólo aceptaba rendir cuentas ante Dios y la Historia.

—Como ustedes saben, el Centro tiene como misión defender la legalidad vigente —el comandante repitió, con palabras casi idénticas, el argumento que le había expuesto el coronel—. Si los presuntos conspiradores consiguen cambiar las leyes, pasaremos inmediatamente a vigilar a quienes se opongan al nuevo ordenamiento, pero a fecha de hoy el sucesor a título de Rey es el Príncipe de España.

—Mi comandante —interrumpió irónico el capitán—, supongo que nadie pretenderá que desmontemos el complot entre nosotros seis y el fotógrafo.

—Tranquilícese, capitán —se rió nervioso el interpelado—, nuestra misión no consiste en desbaratar el supuesto complot, sino en obtener información de los planes concretos que tramen y transmitirla al mando.

Raquel levantó la mano impulsivamente. Una duda le impedía reflexionar y debía solventarla.

—¿Es consciente el mando de que esta es la primera misión para algunos?

—Todo tiene sentido —el comandante quería apaciguar a su gente—. Miren ustedes: la Policía y los demás Servicios conocen de sobra a los agentes veteranos del Centro. Si hemos escogido a personal de reciente ingreso para el trabajo de campo es, en parte, para evitar identificaciones prematuras, pero además, créanme —una pausa teatral ayudó a reforzar la afirmación que venía—, están ustedes perfectamente preparados.

Varias manos más anticiparon preguntas, que el comandante respondió sin desvelar el origen político de la orden de investigar tan cerca del núcleo del poder. Después, tomó de nuevo la iniciativa:

—La operación va a registrarse con la clave *Cumbres Borrascosas*.

No del todo repuesta del susto, Raquel salió ilusionada del edificio de oficinas en cuya última planta se camuflaba la Dirección del Centro, apretando con fuerza el asa de un maletín cerrado. Condujo su utilitario por las calles de Madrid, aterida por el frío que se colaba por las juntas de sus mal ajustadas puertas. Al pasar por la fachada posterior del Hospital Militar picó en el anzuelo de sus recuerdos, tan cercanos en el tiempo como distantes de su peripecia ac-

tual. Allí recaló cuando llegó a Madrid desde su pueblo para graduarse y trabajar, primero como enfermera militar y más tarde además como informadora, cuando la reclutó el comandante para sonsacar a algunos heridos noticias de interés para el Servicio, valiéndose de lo fácilmente que los convalecientes se abren a sus enfermeras.

Muchos de ellos pretendieron ligársela con mil ardides, pero sólo uno logró romper la coraza de su profesionalidad y tocar su alma de mujer romántica. Por él quebró muchas normas, se dejó acariciar de uniforme en pleno Hospital por un paciente y luego cayó en sus brazos con ansia irrefrenable, enloquecida por un amor que no captó las señales de alarma que sus compañeras de piso advertían. El galán que, como un moderno Romeo, le prometía amor eterno resultó estar felizmente casado y al terminar su rehabilitación desapareció, sin dejar otro rastro que el eco de la canción que le susurraba al oído en sus tardes de pasión compartida, mientras su cuerpo excitado respondía a los estímulos de su amante en mil variadas gimnasias amorosas:

—*Nun-caté-podréol-vidar-por-quemén-señás-teamar.*

En ese tiempo, Raquel del Campo se llamaba Aurora Sánchez y se teñía el pelo de rubio, porque sus amigas del pueblo le convencieron de que las rubias eran más sexys. Después de su fiasco sentimental, Aurora aceptó la oferta del comandante y se integró a plena dedicación en el Servicio de Inteligencia del Ejército, el Centro en la jerga, comenzando con un exigente entrenamiento en régimen de internado.

Al abrir la puerta de su apartamento, le recibió una ola de calor. El portero cargaba la mano en la calefacción, un tanto por los vecinos que tenían allí sus picaderos; para Raquel, acostumbrada desde niña a pasar frío, el contraste entre la calle y su vivienda le resultaba exagerado. Nunca protestó; su condición de espía le obligaba a mantener una conducta discreta. El escueto apartamento se distribuía en un salón, un dormitorio con baño adosado, una minúscula cocina y una entrada: en total cuarenta metros cuadrados para ella y una plaza de garaje de casi diez para su utilitario, lo que a Raquel se le antojaba desproporcionado.

Dejó el maletín de agente secreto sobre una butaca, colgó cuidadosamente su abrigo en el armario y se quitó la falda, la blusa y las medias, extendiéndolas sobre la cama. En el baño, se desabrochó el sujetador, para lavarse más cómodamente la cara y las axilas. Con las manos apoyadas en el lavabo, contempló su rostro en el espejo. Se atusó los rizos, de su color natural castaño oscuro, más coordinado con sus vivos ojos marrones que aquel platino Marilyn que se trajo a Madrid. Para su gusto tenía la boca demasiado pequeña, salvo cuando sonreía, pero a veces se consolaba pensando que, con una boca más grande, el mentón hubiera desentonado, como una gorda conduciendo un seiscientos. Entonces, quizá, hubiera deseado una barbilla mayor para hacer juego con la boca y más papo para albergar tanta perfección bajo sus ojos, pero ya no sería Aurora sino una desconocida metida en su cuerpo.

Con los índices, empujó el elástico de la braga, mientras con los pulgares tocaba la franja de tripa recién descubierta, verificando satisfecha que la carne no cedía bajo el efec-

to de la presión. El entrenamiento había endurecido su vientre y la coloración general de su piel, comparada con la blancura de las partes no expuestas, evidenciaba salud campestre. Se fijó en sus hombros, que formaban una armónica continuidad con el cuello, fortalecidos por el ejercicio físico. Examinó con la vista sus pechos, pequeños pero firmemente asentados, con los pezones tiesos y mirando al frente, unos pezones que su amante describía con la composición militar de presenten armas:

—Aurori, estás como nunca —constató la oficial de inteligencia.

Abandonó la voluptuosa contemplación de su cuerpo treintañero para enfundarse un pantalón de chándal y su camiseta favorita, enchufar los pies en las zapatillas y convertirse en Raquel. Se sentó en una butaca y con su llave plana de seguridad abrió el maletín que le había entregado el Centro. En dos carpetas diferenciadas, se encontraban copias en papel de las diapositivas y los historiales de los retratados. La de pastas azules contenía información sobre la reunión principal de la conspiración, lo que el comandante había denominado el Sanedrín y en otra similar, de color verde, encontró las fichas de los participantes en la reunión del segundo nivel, la bautizada como Diana, con sólo dos coincidencias: el comisario Matute y el elegante editor Diéguez.

Analizando los datos de *Cumbres Borrascosas*, Raquel efectuó una observación inicial: todos los conjurados, en el Sanedrín y Diana, eran hombres y todos menos uno estaban casados, como el amante que la llevó del cielo al infierno en unas pocas semanas. Al soltero de la carpeta ver-

de le presumían autor del célebre artículo de EL DIARIO y físicamente no valía gran cosa: bajito, cuarentón, de pelo ensortijado y bigote, respondía al poco atractivo nombre de Amancio, que le sonaba, cuando todavía era Aurora, a elemento de la tabla periódica, materia que se le atragantó de estudiante y que permanecía en el armario de sus traumas juveniles.

Junto a las carpetas, el maletín de *Cumbres Borrascosas* incorporaba algo no habitual en una operación de inteligencia: una novela de intriga. Por primera vez desde que terminó el bachiller, se puso a leer por obligación una obra literaria. No podía saber que aquella inocua lectura cambiaría su vida.

EXTRAÑOS EN LA NOCHE

Las palabras se formaban en el papel, expulsadas de la margarita de la máquina de escribir, con precisa cadencia. El rumor metálico de las teclas envolvía la imaginación del escritor como la brisa al marino, presente y ausente a la vez.

—Darío, cualquier día te dan el Nobel —se dijo, concediéndose una pausa en el trabajo.

Encendió un cigarrillo y aspiró con avidez la primera calada. Se fijó en su mano derecha, unos dedos cortos y delgados, y en la alianza que ceñía su anular. Comprobó la persistencia en el dorso de una mancha oscura y redondeada, como si una gota de café con leche de un olvidado desayuno hubiera caído allí sin que nadie se molestara en limpiarla. Si no fuera por el vello que brotaba en forma de pelusilla negra, podría haber afirmado que contemplaba una mano femenina.

—Manos de mujer —recordó la burla adolescente de su hermano mayor—. Tienes manos de tía —se lo decía mientras las comparaba con las suyas, grandes como tortas, pocos meses antes de que la sangre dejara de correr por ellas, como por las de otro medio millón de españoles.

Hacía mucho tiempo de aquella expresión, casi cuarenta años, pero retornaba tozuda a su memoria cada vez que se miraba las manos. Con un leve estremecimiento eliminó la evocación, aplastó el cigarrillo a medio terminar en la mon-

taña que delataba su consumo de esa noche y colocó de nuevo sus dedos sobre el teclado de la Olivetti, con la ten-sa parsimonia de un pianista.

El cornetín de órdenes marcó los tiempos, siguiendo un rito cuyo origen se remontaba a épocas que ninguno de los presentes pudo conocer. La bandera comenzó su izada mientras la banda militar desgranaba los primeros compases del Himno Nacional. Todas las miradas se concentraron en la enseña rojigualda y los corazones vibraron al unísono en patriótica sincronía con la Marcha Real.

Por intuición de autor sabía que le faltaban unos pocos párrafos para terminar su obra, la décima de su carrera, que llevaría por título *Barcelona, año 23*, otra novela de género histórico que, en este caso, narraba las vicisitudes del pronunciamiento del general Primo de Rivera, suceso del que pronto se celebraría el cincuentenario, lo que representaba a su juicio una interesante oportunidad comercial.

Se sentía inflamado, a punto de dar a luz tras una larga y dolorosa gestación, no porque escribir esta novela le hubiera costado mucho más que las nueve anteriores, sino por el cúmulo de desastres familiares que la gafaron mientras tomaba cuerpo, un vía crucis cuya última estación había sido la marcha de Tomás, su único hijo vivo, para instalarse en un piso del barrio de Aluche con un cura obrero, despreciando las comodidades del domicilio familiar.

Desde entonces, las sirenas que atronaban las noches del centro de Madrid, que se había acostumbrado a descontar de la nómina de ruidos molestos, le trasladaban inquietantes posibilidades en relación a Tomás: una detención por la Brigada Social o un posible ingreso hospitalario por navaja-